

Los teólogos crearon un término especial para caracterizar la excelencia del culto tributado á la Virgen; no se atrevieron á ponerle en la misma línea que la *latria*; pero lo pusieron muy por encima de la *dulia*; la *hiperdulia* de la Madre de Dios era un término medio entre el culto tributado al Creador y el que los católicos tributan á los Santos (1). Estas sutiles distinciones eran buenas para la escuela; en la práctica los fieles procedían con más franqueza. María dejó de ser una criatura y se convirtió en la Diosa de la Edad Media. La superstición no tiene límites; no le bastó haber divinizado á la Virgen; quiso todavía que la criatura divinizada fuese más ensalzada que la divinidad. Los devotos discutieron si debía llamarse al Hijo ó á la Madre el árbol de la vida. Decidieron á favor de la Madre (2). Libros de oraciones, escritos en latín, por consiguiente por clérigos y para clérigos, llevaron la blasfemia hasta decir: «Gloria á la Madre, al Padre y al Hijo» (3). Cuando el clero llevaba el culto de la Virgen hasta la idolatría, ¿cuál sería la extravagancia de este culto en las masas? Si hemos de creer al *Jardín del Alma*, Jesucristo llegó á tener envidia de la preferencia dada á su Madre. Un clérigo que tenía más confianza en la Santa Virgen que en el Hijo de Dios, recitaba sin cesar únicamente la salutación angélica. Como siempre repetía *Ave María*, Jesús se le apareció y le dijo: «Mi Madre te da muchas gracias por tus saludos, pero no olvides saludarme también á mí» (4).

Sucede con las supersticiones lo que con las malas yerbas; siempre encuentran terreno bien preparado en la debilidad del hombre. En el siglo xv las discusiones de los dominicanos y de los menores sobre la Inmaculada Concepción produjeron un aumento de devoción. La facultad de teología de París se decidió por la Virgen; persiguió con sus censuras á los hermanos predi-

(1) «*Hyperdulia videtur esse medium inter latriam et dulum.*» (S. THOMAS, *Secunda secundæ*, quæst. 103, art. 4. C. *Summa*, Pars. III, quæst. 25, art. 5.)

(2) Véase la *Disputa entre la Virgen y la Cruz*, referida por JONCKBLOET, *Geschiedenis der middeleeuwse dichtkunst*, t. II, p. 264.

(3) Véanse los testimonios en RANKE, *Deutsche Geschichte im Zeitalter der Reformation*, t. I, p. 239.

(4) *Hortulus animæ*, edición de 1498, fól. 38 v.º

adores que se obstinaban en su resistencia; fué preciso creer, *so pena de pecado mortal, que la Virgen había sido elevada al Paraíso en cuerpo y alma*; fué preciso creer, *so pena de impiedad, que Jesucristo salió al encuentro de su Madre, cuando ésta hizo su entrada en el cielo*; fué preciso creer, *so pena de hacerse sospechoso de herejía, que MARÍA ERA MAS BELLA QUE EVA!* (1). ¿Cómo nos hemos de admirar de la superstición del siglo xv, cuando en nuestros días la Iglesia ha consagrado una superstición nueva que la Edad Media misma había rechazado? Hay gentes bastante ciegas para celebrar el dogma de la Inmaculada Concepción como una prueba del poder de las ideas religiosas y de la influencia creciente de la Iglesia. La ventaja que resulta de esta superstición no lo es más que para los que explotan la religión en provecho propio; pero los cimientos de su poder están carcomidos; el edificio que sobre ellos levantan se hundirá con ellos.

§ IV.—Los Santos.

N.º 1.—El politeísmo cristiano.

El cristianismo nació y se desarrolló en el seno de la antigüedad politeísta; los pueblos bárbaros, cuyo destino está tan íntimamente ligado con el de la religión cristiana, adoraban también á Dios en sus diversas manifestaciones. Sin embargo, la concepción religiosa más particularmente inspirada por Jesucristo se fundaba en la unidad rigurosa de la divinidad. Había, pues, dos principios opuestos frente á frente; ¿era posible el paso súbito del politeísmo á la unidad de Dios para la masa de los que abrazaron la nueva religión? Cuando se sabe cómo se verificaron las conversiones en el mundo antiguo y después de la invasión de los Bárbaros, la respuesta no es dudosa. La tendencia general de los espíritus influyó sobre los fundadores mismos del cristianismo. En vano los protestantes han tratado de poner la adoración de los San-

(1) D'ARGENTRÉ, *Collectio judiciorum de novis erroribus*, t. I, P. 2.ª, p. 339.

tos en el número de las supersticiones de la Edad Media; se ven precisados á confesar que los Padres de la Iglesia, los más grandes de ellos, los Gregorios, los Crisóstomos, los Agustines, hacían oración á los Santos y veneraban sus reliquias. La superstición no es, pues, católica, es cristiana, al ménos en el sentido de que se remonta á los primeros siglos del cristianismo. En su esencia el culto de los santos es un legado de la idolatría pagana.

La idea de Dios implica tan claramente la de la unidad, que hasta el politeísmo la reconocía; pero el Sér Supremo estaba demasiado alto para la debilidad humana, y los paganos imaginaron dioses inferiores que estuviesen en relación más especial con cada nación, cada ciudad, cada individuo. Los Santos ocuparon el lugar de estos dioses protectores. « Los Babilonios, dice *Henri Etienne*, tenían por su patrono al dios Bel; los Egipcios, Isis y Osiris; los Atenieses, Minerva; del mismo modo los españoles tienen por su patrono á Santiago, los franceses á San Dionisio, los alemanes á San Jorge » (1). Los Griegos y los Romanos tenían dioses protectores de cada ciudad. Bajo el imperio del catolicismo, cada ciudad tuvo igualmente su santo; San Ulrico era el patrono de Augsburgo; San Sebald, el capitán, apoyo y protector de Nuremberg » (2). En fin, dice un abad del siglo XII, no hay pueblecillo que, al ver á las grandes ciudades con sus correspondientes patronos, no se forje también el suyo (3). Pudo decirse con el autor sagrado: *cada nación se fabricó su Dios*.

Cada santo tenía su función especial. En esto reaparecen otra vez las ideas de las naciones paganas. En vano el cristianismo enseñaba á los hombres el desprecio del mundo y de los bienes tem-

(1) HENRI ESTIENNE, *Apología por HERODOTO*, c. 38, § 14.

(2) El escudo de la ciudad libre de Worms contenía esta oración á San Pedro, patrono de la ciudad:

« Te sit tuta bono Wormacia Petre patrono. »

con la respuesta de San Pedro:

« Semper eris clypeo gens mea tuta meo. »

(ARNOLD, *Verfassungsgeschichte der deutschen Freistädte*, t. 1, p. 306.)

(3) GUIBERT, abad de Nogent, *de pignoribus sanctorum*, c. 2, § 5: « Quid de eis proferam, quos prefatorum æmulum per villas ac oppida cotidie vulgus creat? Cum enim alii alios summos conspicerent habere patronos, voluerunt et ipsi quales potuerunt et facere suos. »

porales; el mundo, con sus alegrías y sus penas, siguió siendo la gran preocupación de los que en él vivían, y aún de los que lo abandonaban. La especialidad de los diversos santos nos hace ver cuáles eran las peticiones que se les dirigían. Escuchemos á un doctor católico, *Erasmus* (1): « Uno cura el dolor de muelas; otro alivia á las mujeres en los dolores del parto; éste hace hallar lo que se perdió; aquél cuida de los rebaños; uno salva de los naufragios; otro da la victoria en los combates. Suprimo lo demás, porque sería cosa de nunca acabar. » Los males físicos eran los que principalmente asustaban á los hombres; cuanto menos eficaz era la ciencia para remediarlos, más predispuestos se hallaban los enfermos para buscar el auxilio del cielo. Los médicos del Paraíso son innumerables; los hay para cada enfermedad. « San Entropio, dice, *Henri Etienne*, cura la hidropesía; San Juan y San Valentin curan el mal caduco llamado también mal de San Juan; San Roque y San Sebastian curan de la peste; Santa Petronila cura de toda especie de fiebres; Santa Polonia cura el dolor de muelas; San Maturino cura la locura. » También había competencia en el cielo lo mismo que en la tierra. « En cuanto á la curación de la gota, que unos atribuyen á *Saint Genou*, la atribuyen otros á San Mauro. Y en cuanto á los males de ojos, unos dicen que los cura San Claro y otros que Santa Clara. Otros dicen que ni él ni ella tienen nada que ver en esto, sino que Santa Otilia cura todas las enfermedades de los ojos. Una buena mujer, dirigiéndose á un sacerdote para que dijese una misa, le rogó la encomendase á Santa Clara para que le curase los ojos, á San Avertino para que le curase la cabeza, y á San Antonio para que curase sus cerdos. » No nos atrevemos á hablar de los santos que curan el mal de la esterilidad; *Henri Etienne*, que es más atrevido que nosotros, dice « que le da vergüenza contar las cosas que pasaban en aquellas santas curaciones, y que los lectores se avergonzarían de leerlo » (2).

Podríamos proseguir la analogía entre el culto de los Santos y el politeísmo, hasta en los detalles, y hacer ver cómo los santos, y principalmente la Virgen, cambiaban de carácter en los di-

(1) ERASMO, *Elogio de la locura*.

(2) HENRI ESTIENNE, *Apología por HERODOTO*, c. 38, § 7-10.

versos puntos, de la misma manera que Júpiter Capitolino era un dios diferente de los otros Júpiter. ¿Quién no conoce algunas de las innumerables *Nuestra Señora*, cada una de las cuales tiene una figura diferente, una misión diversa, y sus adoradores especiales, de manera que una *Nuestra Señora* puede hacer lo que otra no puede? (1). Pero es inútil insistir; una vez admitido el principio de la superstición, las consecuencias resultan por sí mismas, no varía más que la forma. Entre las fábulas del politeísmo y las leyendas cristianas á veces no hay más diferencia que el nombre (2).

Ya sabemos lo que responden los católicos á las censuras de politeísmo que se les dirigen: «Pedimos á Dios, dice el catecismo romano, ó que nos conceda los bienes de este mundo, ó que nos libre de los males de la vida; pero como los santos le son más agradables que nosotros, les pedimos que tomen nuestra defensa y que alcancen para nosotros las cosas que necesitamos.» «La Iglesia, añade *Bossuet*, al enseñarnos que es útil hacer oración á los santos, nos enseña á dirigirnos á ellos con ese mismo espíritu de caridad, y según ese orden de sociedad fraternal que nos impulsa á pedir auxilio á nuestros hermanos vivos de la tierra» (3). ¿Qué cosa más natural, se dice, y más legítima? Respondemos que en esta desconfianza de la caridad divina hay un germen de superstición que en una edad bárbara debía dar sus frutos. En una carta del siglo XI se encuentra la expresión de los mismos sentimientos que el Concilio de Trento ha consagrado con su autoridad; pero la ingenuidad del lenguaje deja en descubierto la parte supersticiosa de un culto que está como cubierto con un velo en el catecismo del siglo XVI: «Cuando se quiere alcanzar un favor de un príncipe, se debe buscar á los que obtienen su familiaridad: de la misma manera el que quiere conseguir su salvación eterna, debe tratar de tener por intercesores los mártires y los santos que

(1) HENRI ESTIENNE, *Apología por HERODOTO*, c. 38, § 15-18.

(2) *IBID.*, c. 38, § 6.

(3) *Catecismo del Concilio de Trento*, Part. III, tit. de cultu sanctorum.—*BOSSET*, *Exposición de la doctrina de la Iglesia católica*.

dominan en la corte celestial» (1). Uno de los grandes doctores de la Edad Media repite casi literalmente estas palabras, prueba de que son la expresión exacta de las creencias católicas. ¿Por qué debemos hacer oración á los santos? pregunta *Alejandro de Hales*: «Cuando queremos alcanzar un favor de un príncipe, dice, nos dirigimos á sus cortesanos: ahora bien, los santos son mucho más poderosos en la corte celestial que los grandes en las cortes de los reyes.» Después el teólogo demuestra dogmáticamente su proposición. «El respeto que debemos á Dios nos obliga á recurrir á los santos. ¿Cómo se había de atrever á presentarse en persona ante Dios el pecador que le ha ofendido? Que invoque á los santos, que implore su patrocinio. La debilidad humana nos induce también á dirigirnos á los santos más bien que Dios. Siendo, como somos miserables criaturas, la mayor parte de nosotros muestra mayor predilección por un santo ó por otro que por Dios. El Señor apiadándose de nuestra débil naturaleza, permite y quiere que dirijamos nuestras oraciones á los santos» (2).

Una vez admitida la creencia de que se consigue por la intercesión de los santos lo que no se alcanzaria directamente de Dios, queda la puerta abierta para la superstición más material; los santos se convierten en alcaides de palacio, y Dios en un monarca ocioso; estamos en pleno fetichismo. *Gregorio de Tours* nos cuenta que los fieles que invocaban á Martín contrataban con él como los salvajes con sus fetiches; decíanle: «Si no nos concedes lo que pedimos, no te encenderemos cirios ni te tributaremos más honores» (3). En el siglo XII el conde Foulques de Anjou, habiéndose apoderado de Saumur, exclamó dirigiéndose á San Florencio, patrono de la ciudad: «Déjate quemar; yo te edificaré en Angers mejor morada.» Como á pesar de tales promesas el Santo no cedió, el vencedor, furioso, le llamó necio y villano (4). ¿Hubiera hecho más un pagano? La superstición es lógica; si los santos son adorados como fetiches, ¿por qué Dios mismo no ha de descender á

(1) «*Quos in calorum curia praevalere credimus.*» (Carta de 1076, en D'ACHERY, *Spicil.*, t. III, p. 411.)

(2) ALEX. DE HALES, *Summa theologica*. (Op., t. IV, p. 703.)

(3) GREGOR. TURONENS., *De miraculis S. Martini*, I, III, c. 8.

(4) Véase el t. VII de mis *Estudios sobre la Historia de la Humanidad*.

la categoría de una divinidad de salvaje? *Henri Etienne* nos referirá un rasgo digno del conde Foulques; sin embargo, se trata de un clérigo, y el hecho tiene lugar en vísperas de la Reforma. Los habitantes de un pueblecillo de Saboya, aterrados por una gran tormenta, recurrieron á su casa para que la hiciera cesar. El sacerdote empleó primeramente gran cantidad de conjuros, despues sacó su breviario y buscó las palabras más duras que contenia; viendo que todo esto no servia de nada, tomó el Santo Sacramento y le dirigió estas palabras: « ¡ Ira de Dios! si tú no puedes más que el diablo, te arrojó al fango » (1).

El culto de los santos no era un error de las clases inferiores; los que practicaban la perfeccion evangélica, y entre ellos los perfectos por excelencia, los monjes mendicantes, daban el ejemplo, no ya de la supersticion, sino de la impiedad. Apenas murió San Francisco, se convirtió en objeto de un culto idolátrico para su orden. *San Buenaventura* se atrevió á escribir que el patrono de los menores « habia querido ser en todo semejante á Jesucristo, y que habiéndole imitado durante su vida, habia querido tambien asemejarse por los dolores de su pasion » (2). De aquí el famoso milagro de *las llagas* que el Pontificado tomó bajo su proteccion contra las dudas de los dominicanos. *La conformidad de la vida de San Francisco* con la santa existencia de Cristo se desarrolló y se embelleció como se forman las leyendas. A principios del siglo xiv ya no se dice que San Francisco quiso ser semejante á Jesucristo; se dice que *fué semejante al Hijo de Dios* (3). Por fin apareció el famoso libro de *las conformidades*, en el cual se lleva la blasfemia hasta el último exceso (4). Hace mal el autor de hablar de las conformidades; hubiera debido titular su obra, de la superioridad de San Francisco, porque esta superioridad resalta en cada página: « Jesus se ha trasfigurado una sola vez; San Francisco veinte veces. Jesus convirtió una sola vez el agua en vino; San

(1) H. ESTIENNE, *Apologia por HERODOTO*, c. 39, § 18.

(2) S. BONAVENTURA, *Vita sancti Francisci*, c. 13 y 14.

(3) GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, § 70, nota d.

(4) « *Liber conformitatum* », por el menor BARTOLOME ALBICIUS, escrito en 1385 y aprobado en un capitulo general de la orden en 1399. (GIESELER, *ib.*, t. II, 3, § 111, nota g.)

Francisco tres veces... No continuaremos esta comparacion que, en boca de un cristiano, de un religioso, es una impiedad de primer orden, puesto que da por resultado poner un santo sobre el Hijo de Dios; una débil criatura sobre el Creador. Hagamos notar únicamente que todas estas extravagancias vienen apoyadas con testimonios que se dicen tomados de las Sagradas Escrituras. Los dominicanos, envidiosos de la gloria de aquella orden rival, hicieron tambien un dios de su fundador (1). Estas estupideces arrojaron el siglo del Renacimiento; en 1486 condenó la Sorbona proposiciones de un hermano menor que se resumian en esta blasfemia: « San Francisco es el segundo Cristo, el segundo Hijo de Dios » (2).

Condorcet dice en su rudo lenguaje que « Dios tenía poca participacion en aquellas adoraciones prodigadas á hombres, á huesos ó á estatuas » (3). Y no sirve quejarse de la incredulidad del filósofo; los hechos confirman demasiado sus acusaciones. Los doctores disputaban sobre cuál era mayor fiesta, la de Todos los Santos ó la del Córpus; unos decian que Dios es más que los santos; otros que Dios sin sus santos no es más que un Rey sin su corte (4). Habia santo á quien los fieles tributaban más honores que á la Virgen y más que á Dios mismo. Durante un año los millares de peregrinos que acudian al sepulcro de Santo Tomás de Cantorbéry depositaron en él 832 libras esterlinas; en el altar de la Virgen ofrecieron 63, y Dios no consiguió más que tres! » (5). « Conozco una catedral en este reino, dice *Clemengis*, donde desde un extremo á otro se leen hechos de los santos, y en donde apenas se leen algunos versículos de la Escritura: el culto de Dios va cayendo en desuso; el Omnipotente está desterrado de la Iglesia » (6).

Los defensores de la ortodoxia dicen que el culto de los santos no es la adoracion de la criatura. Algunos testimonios de escrito-

(1) GIESELER, *ib.*, t. II, 3, § 110, nota c.

(2) D'ARGENTRÉ, *Collectio Judiciorum*, t. I, Pars. II, p. 318.

(3) CONDORCET, *Bosquejo*, p. 198.

(4) HENRI ESTIENNE, *Apologia de HERODOTO*, t. II, p. 154.

(5) HUME, *History of England*, t. V, p. 277.

(6) CLEMANGIS, *De novis celebritatibus non instituendis*. (Op., p. 156.)

res católicos del siglo XV nos darán á conocer si los fieles hacían caso de la distinción entre la *latria* y la *dulia*. «Muchos cristianos, dice Vives, adoran á los santos como á dioses; apenas veo diferencia entre su creencia y la de los paganos» (1). Erasmo no cesa de repetir que la cristiandad está en pleno politeísmo. «Han cambiado los nombres, pero la cosa es la misma» (2). Era peor que el politeísmo de Atenas y de Roma, era fetiquismo completamente puro. «La masa de los cristianos, dice Polidoro Virgilio, adoran estatuas é imágenes, no como figuras, sino como divinidades; tienen más confianza en la madera y el mármol que en Jesucristo» (3). Estos excesos justifican la Reforma: en vano Bossuet echó en cara á los protestantes el confundir el abuso y la verdad en una misma reprobación; la pretendida verdad contenía el germen del abuso. ¿Se quiere una prueba más? El más moderado de los reformadores dirigió á la Universidad de París proposiciones que tenían por objeto la reunión de las dos Iglesias. Entre los puntos controvertidos se hallaba la invocación de los Santos. Melancton declaró que la admitía, entendiéndola como la han explicado después el Concilio de Trento y Bossuet. La Sorbona pidió que se mantuvieran las antiguas supersticiones; el lenguaje del primer cuerpo teológico de la cristiandad está al nivel de las creencias vulgares. «El no atribuir á los Santos prerrogativa alguna para curar las enfermedades, es contrario á la Escritura, á la laudable y devota costumbre de la Iglesia, dicha de los santos doctores, y á la experiencia del don que S. M. (el Rey de Francia) ha recibido de Dios de curar los lamparones» (4). Hé aquí, como siempre, las supersticiones más necias presentadas bajo la autoridad de la palabra de Dios. Venga, pues, la reforma para arrancar á la fuerza la mala yerba que crecía al abrigo de la doctrina católica.

(1) VIVES, *ad Augustinum de Civitate Dei*, VIII, 27.

(2) ERASMI *Enchiridion* (Op., t. V, p. 25).

(3) POLYD. VERGILIUS, *de rerum inventoribus*, VI, 13, escrito en 1499. (GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 4, § 145, nota c.)

(4) D'ARGENTRÉ, *Collectio judiciorum*, t. I, P. 2.^a, p. 395.

N.º 2. — La superstición explotada por la Iglesia.

I. — Las falsas leyendas.

La superstición que encierra el culto de los Santos no es lo más afflictivo; el sentimiento religioso es respetable hasta en sus extravíos. Pero cuando una Iglesia que se llama divina explota la ignorancia y la credulidad de los hombres para satisfacer su ambición ó su codicia, el espectáculo de los errores humanos toma un carácter odioso; la historia tiene que condenar los abusos de lo más sagrado; debe hacer caer sobre la Iglesia la responsabilidad de los crímenes cometidos en su nombre y en su provecho. Hablamos de crímenes; en efecto, no conocemos otro mayor que las farsas que se ha querido justificar y casi santificar, dándoles el nombre de *fraudes piadosos*. En una época en que la Iglesia vuelve á estas vergonzosas tradiciones, conviene hacer ver á los hombres lo que es aquella pretendida *piEDAD*: tiene su nombre inscrito en el Código penal. La historia del catolicismo nos presenta á cada momento crímenes de falsedad; hay falsas donaciones, falsas decretales, santos falsos, leyendas falsas, falsos milagros, falsas reliquias, y lo que hace aún más infames estas falsedades, es que generalmente están inspiradas por la codicia.

La ignorancia ha podido tener gran parte en las tradiciones que hacen santos fabulosos: tales fueron San Dionisio y Santiago de Compostela, esos famosos patronos de los franceses y de los españoles, que nunca pusieron el pié en Francia ni en España (1). Pero no todo puede atribuirse á la ignorancia; existen pruebas indudables de que la superchería iba unida á la credulidad. El cronista Raoul Glaber, monje del siglo XII, nos contará la historia de un santo falso (2). Un hombre de oscuro nacimiento, charlatan consumado, había tomado por oficio registrar los sepulcros y vender los huesos como reliquias. Después de haber cometido

(1) GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 1, § 18, notas m, n, o.

(2) GLABER RADULPHUS, lib. IV, c. 3.

innumerables engaños en las Galias, vino á una ciudad de los Alpes. Allí, segun su costumbre, recogió los huesos del primero que tuvo á mano, y dijo que un ángel le habia revelado que aquellas eran las reliquias de San Justo. A esta noticia acudió la poblacion ignorante de los campos, y con auxilio de algunos regalillos tuvieron lugar gran número de prodigios. Los sacerdotes no perdieron la ocasion de explotar los milagros y el santo fabricado por un bribon, á pesar de que las gentes más ilustradas, y entre ellas el monje *Glaber*, descubrieron el fraude y desenmascararon al impostor. El pretendido San Justo siguió en olor de santidad y continuó haciendo milagros con gran satisfaccion del clero.

Los agiógrafos mismos manifiestan que se empleaba la mentira para aumentar la gloria de los santos. El biógrafo de San Julian exclama: «¿Puede aumentar la gloria de los elegidos por medio de la mentira? Si durante su vida hubieran practicado el fraude, ¿hubieran alcanzado la bienaventuranza?» (1). Un abad de Laubes, que escribió en el siglo X los *Hechos de los obispos de Tongres y de Lieja*, dice en la vida de *San Servato* que no se atreve á afirmar si el Santo pertenecia á la familia de Jesucristo, como se decia; que vale más «confesar su ignorancia, que mentir por una piedad mal entendida» (2). El abad de Laubes encontró pocos imitadores de su buena fe. En los siglos X y XI hubo *fraudes piadosos* que trasformaron á los primeros obispos de las Galias en discípulos de los Apóstoles. Los normandos habian destruido los documentos que se conservaban en las iglesias antiguas, apenas quedaban más que los nombres de los santos, y vagas tradiciones; aprovecharon las tinieblas para falsificar falsas leyendas. Tréveris tomó la iniciativa; las demas ciudades de las Galias siguieron su ejemplo. Puesto que se fabricaban discípulos de los Apóstoles, ¿por qué no se habian de fabricar Apóstoles? Los frailes de San Marcial en Limoges hicieron de su patrono un discípulo de Cristo (3). En compensacion de estas enormidades, las falsas

(1) LETALDUS, *Monachus Miciacensis* (siglo X), *Vita Juliani Episcopi*. (*Acta Sanctorum, Januarii*, t. II, p. 1152.)—GIESELER, t. II, 1, § 33, nota h.

(2) HERIGERUS, *abbas Laubiensis*, en CHAPEVILLI, *Gest. Pontificum turgrensium et leodiensium scriptor.*, t. I, p. 28.—GIESELER, *Kirchengeschichte*, ib.

(3) GIESELER, *ib.*, t. II, 1, § 33, notas h, l.

leyendas no son más que pecados veniales. Son innumerables, y es difícil atribuir las á la ignorancia, cuando se ve en la *Recopilacion de los Bollandistas* la vida de *San Desiderio*; es una copia literal de una de las vidas de *San Ouen* inserta en la misma coleccion. Lo notable de esta identidad, dicen los autores de la *Historia literaria de la Francia*, consiste en que es completa; porque no faltan leyendas adaptadas á dos santos con un cierto número de variantes; los sabios benedictinos que empezaron la publicacion de la *Historia literaria*, citan más de un ejemplo (1).

La historia de una falsedad gigantesca nos dispensará de entrar en más detalles sobre este odioso asunto. No hay leyenda más célebre que la de Santa Ursula y sus 11.000 vírgenes (2). Una princesa de Bretaña, consagrada á Jesucristo, es pedida en matrimonio por un rey pagano. Obedeciendo á una inspiracion divina, pide el aplazamiento de la boda. La misma revelacion le ordena embarcarse con 11.000 vírgenes. Tres años pasan en ejercicios náuticos. Cuando se acerca el dia del casamiento, se levanta una tempestad á petición de Santa Ursula, y traslada al continente el ejército virginal. Las 11.000 vírgenes suben por el Rhin hasta Colonia, prosiguen su navegacion hasta Basilea, y desde allí van á pié á Roma. Vuelven por el mismo camino á Colonia, donde son sorprendidas por los Hunnos, que les dan muerte. Es inútil hacer la crítica de la leyenda y mostrar las imposibilidades y tonterías que contiene; hasta los escritores católicos lo dan por supuesto. Un teólogo alemán no ha vacilado en desecharla, condenando los *fraudes piadosos* que le han dado origen (3). De manera que la ficcion y hasta la mentira están reconocidas, lo cual no impide que el clero explote la credulidad popular en pleno siglo XIX, lo mismo que durante las tinieblas de la Edad Media. En 1837 la Iglesia de Colonia celebró el aniversario del martirio; el Arzobispo autorizó con su nombre la solemnidad, ordenando la exhibicion de las santas reliquias, entre las cuales figuran un trozo de la vara con que fué azotado Cristo, un cántaro de las

(1) *Historia literaria de la Francia*, t. XIV, p. 617; t. VI, p. 259, 557; t. VII, p. 193, 194.

(2) SCHADE, *die Sage von der heiligen Ursula*. Hannover, 1854.

(3) ASCHBACH, *Kirchenlexikon*, t. IV, v.º Ursula, p. 1102.

bodas de Canaam, y también, según se dice, huesos de caballos. Todas las fábulas que han servido para formar la leyenda fueron repetidas con este motivo en libritos devotos publicados por los sacerdotes de Colonia, con aprobación del Arzobispado (1). No ha habido nunca impostura más desvergonzada; es conveniente fijarse en ella á fin de enseñar á las almas cándidas, á quienes se fanatiza por medio de milagros, como se fabrican los santos y como se fabrican los milagros.

La escena empieza en 1106; descúbranse algunos cuerpos de las 11.000 vírgenes. En 1123, San Norberto, fundador de los Premonstratenses y gran fabricante de milagros, sigue hallando otros cuerpos por inspiración divina, como puede suponerse: vamos á ver lo que significan estas visiones. En 1155 comienza la explotación en grande de la mina de las reliquias; era tan rica, que se trabajó en ella durante nueve años. Dos abades presidieron á los trabajos. Los resultados excedieron á las esperanzas; encontráronse esqueletos de hombres al lado de los esqueletos de mujeres. Otros mémos hábiles se hubieran desconcertado. Pero los frailes estaban muy prácticos en los *fraudes piadosos*; recurrieron á una religión extática; el hermano de Isabel de Schoenau, fraile en Colonia, y más tarde abad, sacó partido de las alucinaciones de su hermana. Le inspiró las revelaciones oportunas, tal vez las forjó por sí mismo, pues él mismo las escribió y las escribió sin comprobación ni testimonio de nadie, es decir, que escribió lo que tuvo por conveniente. Las revelaciones son dignas de los medios empleados para obtenerlas; contienen anacronismos tan groseros, están en contradicción tan manifiesta con la leyenda primitiva que el sabio jesuita *Papenbroch* declara que toda la obra es una ficción, es decir, una mentira y una falsedad (2). En la Edad Media no eran tan escrupulosos en punto á pruebas; habiendo hablado Dios por boca de una santa, no era posible dudar. Continuó, pues, la explotación; pero llegaron á descubrirse esqueletos de niños. Por de pronto parecía algo comprometida la santidad de las 11.000 vír-

(1) SCHADE, p. 22, 47.

(2) SCHADE, p. 42-49.—ASCHBACH, p. 1106.—*Acta Sanctorum, Jun.*, t. III, p. 635.—PAPENBROCH, *Conatus chronico-histor. ad catalog. Rom. pontif.*, p. 31.

genes y de los santos personajes que las acompañaron. La religiosa visionaria había muerto. ¿Qué hacer? Dirigiéronse á un fraile Premonstratense que era tenido en olor de santidad, y le pidieron revelaciones. Las revelaciones no faltaron, pero eran aún más incoherentes y más tontas que las de Isabel de Schoenau. El fraude se descubre tan claramente en cada línea, que un teólogo católico, para no excitar sospechas, presume que todo ello pudiera muy bien ser una burla. ¡Es decir, que un santo se ha burlado de una santa! (1). En el siglo XII no se alambicaba tanto; las visiones, por absurdas que fuesen, eran creídas fácilmente. Hubo, pues, 11.000 vírgenes, más 11.000 niños mártires.

Esto es lo que se llama un *fraude piadoso*. Fraude sí, pero piadoso no. Aunque el fraude tenga lugar, como suele decirse, para mayor gloria de Dios, es decir, para enriquecer á la Iglesia, no deja de ser un fraude de la peor especie. No hemos concluido; ¿de dónde provenía aquella masa de osamentas? Eran sepulturas romanas de la antigua *Colonia Agrippensis*. Los sarcófagos, las inscripciones latinas, las armas, los utensilios hallados en los sepulcros, no dejan ninguna duda sobre este particular. De manera que los huesos de los paganos han sido venerados durante siglos, y lo son aún, como reliquias de vírgenes mártires! ¡Aquellas pretendidas reliquias han hecho milagros! ¡Qué argumento tan decisivo contra la autenticidad de tantos milagros y de tantas reliquias! No faltaba más que una cosa para cubrir de ridículo á los santos, á las reliquias y á los milagros. Un sabio alemán ha probado, hasta donde estas cosas pueden probarse, que Ursula, la santa de Colonia, era una diosa pagana (2). Lo cual no ha impedido á Santa Ursula hacer milagros y llenar la bolsa del clero de Colonia.

Considérese que aquellos fraudes tenían lugar en el siglo XII, la edad de las Cruzadas, la edad de la fe viva y sincera, como se dice hoy cuando se habla de aquellos buenos tiempos no bien conocidos, é idealizados por esta razón. Había ciertamente una gran fe, pero la fe era ciega y había hombres interesados en perpetuar

(1) ASCHBACH, *Kirchenlexikon*, p. 1106.—SCHADE, p. 49-56.

(2) SCHADE, p. 68 y sig.